

---

## MISMIDAD

---

Ver: *Vida / Yo / identidad / Biografía / Persona / Personalidad*

---

*La manera de ser siempre lo mismo no siendo nunca lo mismo es la esencia de la biografía. (X. Zubiri)*

•

«Con su actividad, el ser vivo está constituyéndose en su mismidad como forma de realidad. Es la mismidad como forma de realidad. Esto es precisamente lo esencial de un ser vivo.

La mismidad de un ser vivo no consiste en mera identidad. La identidad también la tiene el electrón a lo largo del espacio y del tiempo. Tampoco se trata de que el ser vivo sea una especie de sujeto que aguanta las vicisitudes que le caen desde fuera en medio de todas sus actividades; no se trata de que las aguante, sino de que las ejercita para poder ser el mismo que era antes. Es el dinamismo de la mismidad.

La mismidad no es una mera persistencia; es el acto reduplicativo y formal en que un ser vivo ejecuta unas acciones precisamente para ser aquello que estructuralmente ya era. Y la índole de aquellas estructuras, que están no solamente capacitadas sino necesitadas y forzadas a ejercitar ese tipo de actividad, es precisamente la estructura viva.

Por eso, en todos los momentos de la vida de cada viviente y de la evolución misma de todos los organismos, la evolución consiste en dar de sí, en ser cada vez más viviente. Se puede incluso ser menos viviente, pero es que hay muchos casos, la mayoría, en que el ser menos es precisamente una forma de ser más. No olvidemos esto ni en las amebas ni en los hombres.

En segundo lugar, esta estructura de dinamismo de la mismidad arranca de las propias estructuras. Y, ¿qué es lo que acontece con ellas? Acontece en ellas que la propia sustantividad interviene como un todo, afirmando precisamente la actividad de un ser vivo en su propio dinamismo como forma de realidad. Y en este sentido digo que vivir es poseerse.

Poseerse no significa tener una acción reflexiva, sino simplemente que la totalidad del ser de uno vaya normalmente envuelta en las actividades que desarrolla para ser el mismo que ya era. La mismidad es esencial y formalmente un acto de poseerse. Y, por esto, la vida, que, desde el punto

de vista del dinamismo, es el dinamismo de la mismidad, desde el punto de vista radical, y como forma de realidad, es justamente poseerse.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 563-564]



«Con su actividad, el ser vivo está constituyéndose precisamente en su mismidad como forma de realidad –y esto va más allá de la mera talidad. Es la mismidad como forma de realidad. Esto es precisamente lo esencial de un ser vivo. Con tal que a continuación se diga: Primero: que la mismidad de un ser vivo no consiste en mera identidad.

Esa identidad también la tiene el electrón. El electrón mientras no se destruya tiene identidad, es el mismo electrón a lo largo del espacio y del tiempo. No se trata de eso.

Tampoco se trata de que el ser vivo sea una especie de *sujeto que aguanta* las vicisitudes que le caen desde fuera, en medio de todas estas actividades. No se trata de que las aguante, sino de que *las ejercita* para poder ser el mismo que era antes. Justamente ese es el dinamismo de la mismidad. La mismidad no es una mera persistencia, sino que es el acto reduplicativo y formal en que un ser vivo ejecuta unas acciones precisamente para ser aquello que estructuralmente ya era. [...]

En segundo lugar, esta estructura de dinamismo de la mismidad –éste es el nombre que tiene ese dinamismo a diferencia del dinamismo de la alteración: dinamismo de la mismidad–, esta estructura arranca precisamente de las estructuras.

Y ¿qué acontece en ellas? En ellas acontece que la propia sustantividad interviene como un todo afirmando precisamente la actividad de un ser vivo en su propio dinamismo como forma de realidad. Y en este sentido digo que vivir es poseerse.

Poseerse no significa una acción reflexiva; significa simplemente que la totalidad del ser de uno vaya normalmente envuelta en las actividades que desarrolla para ser el mismo que ya era. La mismidad es esencial y formalmente un acto de poseerse. Y por esto lo que desde el punto de vista del dinamismo es el dinamismo de la mismidad, desde el punto de vista radical, y como forma de realidad, *la vida es justamente un poseerse.*»

[Zubiri, Xavier: *La estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 184-186]



«Ciertamente, el Yo no es mi propia realidad sustantiva, todo lo germinal que se quiera, pero con todos los ingredientes que han de constituir toda mi realidad a lo largo de mi vida. En el Yo no se trata, por consiguiente, de mi realidad sustantiva. Se trata de algo distinto. Es que cuando digo “yo” agrego siempre un pequeño adjetivo, “yo-mismo”, donde está justamente

la diferencia específica que separa al "yo" de la realidad sustantiva. Cuando digo "yo" no enuncio simplemente mi realidad sustantiva, sino que mi realidad sustantiva se reactualiza en cierto modo en este acto que es Yo. Y esa reafirmación de mi propia realidad sustantiva es aquello en que consiste el Yo.

El Yo no es la realidad sustantiva del hombre, pero es aquel acto ulterior en que esta realidad sustantiva se reafirma y constituye eso que llamamos *ser*. El Yo no es mi realidad sustantiva, pero es mi ser sustantivo (1).

Esta distinción, que pudo parecer un poco sutil aplicada a realidades cósmicas, adquiere la plenitud de significación aplicada a la realidad humana. Lo que hace este Yo (y de ahí viene el adjetivo "*mismo*") y por consiguiente este ser, no es añadir ninguna nota a mi realidad sustantiva, sino simplemente reactualizarla; es decir, revertir por identidad ese acto segundo a la realidad sustantiva de la que ese acto segundo emerge.

Y en esta reversión por vía de identidad es en la que consiste metafísicamente la *intimidad*. La intimidad no es nada oculto. Puede serlo, pero no es íntimo por ser oculto. El color de mi cara es perfectamente íntimo pura y simplemente porque es mío. Ese momento de ser "mío" es aquello en que consiste formalmente la intimidad.

El Yo que constituye el ser sustantivo del hombre se identifica, y revierte por intimidad, con la realidad sustantiva. El Yo no es la persona, pero es el ser sustantivo. Y por eso puedo decir que soy Yo "mismo", es decir, la reafirmación de mi realidad sustantiva en este acto segundo de ser en que consiste el Yo. [...]

Mi realidad sustantiva como personeidad es siempre la misma, yo soy siempre *el mismo*. Gracias a que mis actos son variables, nunca soy *lo mismo*. ¿En qué consiste que no sea lo mismo?

Consiste en que ambas dimensiones, el Yo como ser del hombre y aquello que hace no son dimensiones inconexas. Ni remotamente. Es un error inveterado en muchas concepciones filosóficas creer que el Yo es el sujeto de atribución y de ejecución de los actos concretos: por ejemplo, "yo escribo, yo pienso, yo entiendo".

La verdad es que el predicado en estos casos modula y matiza esencialmente al Yo mismo. No es solamente un Yo que habla, sino un Yo que tiene la *forma* locuente. Cada uno de mis actos modula, precisamente, el carácter interno del Yo. Esta modulación no se refiere únicamente a este ejemplo trivial que he puesto.

Desde el momento de su concepción el hombre todavía no es Yo, pero evidentemente todas sus vicisitudes orgánicas van modulando la forma y la figura de eso que soy Yo. Nadie sabe –solamente Dios– en que consistirá en última instancia la forma y la figura que va cobrando el Yo en sus actos. Como el Yo no es la realidad sustantiva del hombre, pero sí su ser, quiere decirse que cada una de las acciones que el hombre ejecuta va configurando

la figura de su ser. Realmente, el hombre a lo largo de su vida nunca es *lo mismo* porque efectivamente su ser se va configurando por los actos que el hombre ejecuta.

De ahí, naturalmente, el pavoroso problema que a cada uno le plantea precisamente su ser sustantivo. El hombre que es siempre *el mismo* como personalidad, no es nunca *lo mismo* como forma y figura del *ser*. Y esta forma y figura del ser es justamente lo que debe llamarse personalidad. La personalidad no es un concepto primariamente psicológico, es ante todo y sobre todo un concepto entitativo.

Es la forma y figura del ser que en acto segundo va cobrando la realidad sustantiva en el ejercicio de sus actos. De ahí la gravedad de la vida personal.

El Yo se afirma frente a toda realidad posible: soy Yo mismo frente a todo lo demás, incluso frente a Dios, pero no en el vacío sino ejecutando una serie de actos en los cuales se va configurando de una manera irremisible y sin pérdida posible ninguna la figura de mi ser.

Irremisible porque, aunque el hombre ejecute –por ejemplo, en el orden de los actos morales– actos de los que a lo mejor y en buena hora se arrepienta, eso no quiere decir que los actos se borren, sino que se conservan –bajo esa forma misteriosa que es el arrepentimiento– en la figura del ser.»

[Zubiri, Xavier: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 34-36]

---

(1) Se trata de la distinción que Zubiri había establecido en *Sobre la esencia*, pp. 403-412, 434-435. Posteriormente Zubiri precisará que *ser sustantivo* «sería una denominación inexacta, porque no se trata de que el ser sea lo sustantivo, ni de que la sustantividad sea el ser, sino que la sustantividad de lo real `es`. No es un *ser sustantivo* sino *el ser de lo sustantivo*.

Es la forma radical del `ser`, no porque la realidad sustantiva sea un modo de ser, sino porque el ser de lo sustantivo es el ser de lo más radical de una cosa real, es el ser de su propia sustantividad. Si a veces hablo de ser sustantivo entiéndase siempre que me refiero al ser de lo sustantivo» (*Inteligencia y logos*, p. 352); cf. también *Inteligencia sentiente*. *Inteligencia y realidad*, p. 222 y *El hombre y Dios*, p. 54).



«Realidad es la formalidad del “de suyo”. Pues bien, si por cualquier razón el contenido de la cosa real se modifica, no por eso la cosa real se vuelve forzosamente otra realidad. Puede continuar siendo la misma cosa real, aunque modificada. ¿Qué es esa mismidad?

No se trata del simple fenómeno de constancia perceptiva sino de una estricta mismidad numérica del momento de realidad. El contenido del “de

suyo”, es decir lo que es “de suyo”, ha cambiado, pero no ha cambiado el “de suyo” mismo en cuanto tal.

La misma formalidad de realidad, en mismidad numérica, “reifica” cuanto adviene a su contenido. La cosa es entonces la misma, aunque no sea lo mismo.

La mismidad en cuestión tampoco es una identidad conceptual: no es mera comunidad. Es comunicación, es reificación. No es que el concepto de realidad sea *igual* en las distintas realidades, sino que se trata de una *mismidad numérica*. Cada nueva aprehensión de realidad se inscribe en la formalidad de realidad numéricamente la misma.

Es lo que constituye el primer momento de la transcendentalidad: la *apertura*. La formalidad de realidad es en sí misma, en cuanto “de realidad”, algo abierto. Por lo menos, a su contenido. La formalidad de realidad es, pues, un “ex”.

Por ser abierta esta formalidad es por lo que la cosa real en cuanto real es “más” que su contenido actual: es transcendental, trasciende de su contenido. Realidad no es, pues, un carácter del *contenido ya concluso*, sino que es *formalidad abierta*.

Decir realidad es siempre dejar en suspenso una frase que por sí misma está pidiendo ser completada por “realidad de algo”. Lo real en cuanto real está abierto no en el sentido de que por sus propiedades toda cosa real actúe sobre las demás.

No se trata de actuación sino de apertura de formalidad. La formalidad de realidad es en cuanto tal la apertura misma. No es apertura de lo real, sino apertura de la realidad.

Por ser abierta es por lo que la formalidad de realidad puede ser la misma en distintas cosas reales. Se dirá que en nuestras aprehensiones aprehendemos cosas reales múltiples. Esto es verdad. Pero esta multiplicidad en primer lugar se refiere sobre todo al contenido.

Y, en segundo lugar, aunque se trate de otras realidades, esas realidades no son “otras” *conceptivamente*, sino que están *sentidas formalmente* como otras. *Conceptivamente*, las múltiples realidades serían casos particulares de un solo concepto de realidad.

Pero *sentientemente* las otras realidades no son casos particulares, sino que son formalmente sentidas como otras. Y, por tanto, al ser sentidas como otras, estamos expresando justamente la inscripción de las tintas cosas reales en la mismidad numérica de la formalidad de realidad.

Por tanto, no se trata de “otra realidad”, sino de “realidad otra”. Apertura: he aquí el primer momento del “ex” de la transcendentalidad. [...]

Ser real es más que ser esto o lo otro, pero es ser real tan sólo respectivamente a esto o a lo otro. La apertura respectiva es transcendental. Es el segundo momento de la transcendentalidad.

¿A qué está abierta la formalidad de realidad, a qué está respectivamente abierta? Ante todo, está abierta al contenido. Con lo cual se contenido tiene un preciso carácter.

No es "el" contenido así en abstracto, sino que es un contenido que es "de suyo", que es "en propio". Por tanto, el contenido es realmente "suyo", de la cosa. El contenido es "su" contenido.

El sujeto gramatical de este "su" es la formalidad de realidad. Al ser respectivamente abierta, la formalidad de realidad no sólo "reifica" el contenido, sino que lo hace formalmente "suyo".

Es por así decirlo "suificante". Antes de ser un momento del contenido, la suidad es un momento de la formalidad misma de realidad.

Esta formalidad de realidad es, pues, lo que constituye la suidad en cuanto tal. Como momento de la formalidad de realidad, la suidad es un momento del "ex", es transcendental. Es el tercer momento de la transcendentalidad.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 119-121]

---

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten